

NEW LEFT REVIEW 127

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-ABRIL 2021

EDITORIAL

EQUIPO EDITORIAL DE LA NLR Sobre *Sidecar* 7

ARTÍCULOS

DYLAN RILEY El limbo del confinamiento 11

CIGAN TUĞAL Turquía en sus encrucijadas 27

ALEXANDER ZEVIN ¿Un Proudhon para posmodernos? 61

CLAIRE DEBUCQUOIS Manos manchadas de sangre 87

NANCY FRASER Los climas del capital 101

CRÍTICA

FRANCIS MULHERN Metáforas en funcionamiento 139

OLIVER EAGLETON Después de Corbyn 148

JACOB COLLINS Colisión de partículas 161

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
d traficantes de sueños



NANCY FRASER

LOS CLIMAS DEL CAPITAL

Por un ecosocialismo transmedioambiental

LA POLÍTICA CLIMÁTICA se ha trasladado al centro del escenario¹. Aunque persisten bolsas de negacionismo, actores políticos de múltiples tendencias se están pasando al verde. Una nueva generación de jóvenes activistas insiste en que dejemos de eludir la amenaza mortal planteada por el calentamiento global. Reprendiendo a sus mayores por robarles el futuro, estos militantes reivindican el derecho y la responsabilidad de tomar todas las medidas necesarias para salvar el planeta. Al mismo tiempo, están cobrando fuerza los movimientos favorables al decrecimiento. Convencidos de que los estilos de vida consumistas nos están llevando al abismo, buscan una transformación de los modos de vida. Las comunidades indígenas, tanto del Norte como del Sur, están reuniendo asimismo un mayor apoyo para luchas a las que solo en los últimos tiempos se les ha dado el reconocimiento de ecológicas. Ocupadas desde hace mucho en defender sus hábitats y medios de vida de la invasión colonial y del extractivismo de las grandes corporaciones, encuentran hoy nuevos aliados entre quienes buscan formas no instrumentales de relacionarse con la naturaleza. También las feministas están infundiendo nueva urgencia a preocupaciones ecológicas muy antiguas. Planteando los vínculos psichistóricos entre la ginofobia y el menosprecio por la Tierra, se movilizan a favor de formas de vida que sostengan la reproducción, tanto social como natural. Y una nueva oleada de activismo antirracista incluye, asimismo, la injusticia medioambiental entre sus objetivos. Adoptando un punto de vista expansivo de lo que significa «desfinanciar la policía», el Movement for Black Lives exige una

¹ Este ensayo se incluye en el próximo libro de Nancy Fraser, *Cannibal Capitalism*, que Verso publicará en 2021.

enorme reasignación de recursos hacia las comunidades de color, en parte para limpiar residuos tóxicos que destruyen la salud.

Incluso los socialdemócratas, en los últimos tiempos cómplices del neoliberalismo y desmoralizados por este, están hallando una nueva vida en la política climática. Reinventándose como defensores de un *Green New Deal*, su objetivo es recuperar el apoyo de la clase obrera que habían perdido, vinculando para ello el giro a las energías renovables con empleos sindicalizados y bien remunerados. Para no quedarse fuera, sectores del populismo de derecha están también girando hacia el verde. Asumiendo el chauvinismo econacional, proponen conservar «sus propios» espacios verdes y recursos naturales mediante la exclusión (racializada) de los «otros». En el Sur global también hay fuerzas empeñadas en varios frentes. Mientras que algunos reivindican un «derecho al desarrollo», insistiendo en que la carga de la mitigación debería recaer sobre las potencias del Norte, que llevan doscientos años emitiendo gases de efecto invernadero, otros defienden la «constitución y gestión de nuevos bienes comunes» o una «economía solidaria y social»; y todavía otros, poniéndose el manto ecologista, utilizan los planes neoliberales de compensación de carbono para cercar tierras, desposeer a quienes viven de ellas y capturar nuevas formas de renta monopolista. Por último, intereses empresariales y financieros se han involucrado en el juego. Obteniendo jugosos beneficios gracias a la creciente especulación en ecomercancías, están empeñados no solo económica sino también políticamente en garantizar que el régimen climático global se mantenga centrado en el mercado y garantice buenas relaciones con el capital.

La ecopolítica, en una palabra, se ha vuelto ubicua. El cambio climático, que ha dejado de ser propiedad exclusiva de movimientos estrictamente ecologistas, parece ahora una cuestión acuciante respecto a la que *todo* actor político debe tomar partido. Incorporada en muchas agendas rivales, la cuestión presenta diversos matices, dependiendo de los distintos compromisos a los que acompaña. El resultado, bajo un consenso superficial, es un disenso turbulento. Por una parte, cada vez más personas consideran en la actualidad el calentamiento global como una amenaza para la vida tal y como la conocemos en el planeta Tierra. Por otra, no comparten una opinión común sobre las fuerzas sociales que impulsan dicho proceso, ni sobre los cambios sociales necesarios para frenarlo. Coinciden (más o menos) en la ciencia, pero disienten (más que menos) en la política².

² Véanse, entre otras aportaciones, Herman Daly y Benjamin Kunkel, «Ecologías de escala», *NLR* 109, marzo-abril de 2018; Robert Pollin, «Por un nuevo *New Deal*

Pero los términos «asentir» y «disentir» son demasiado simples para captar la situación. La ecopolítica actual se desenvuelve en medio de una crisis enorme que también la marca. Una crisis de la ecología, sin duda, pero también de la economía, la sociedad, la política y la salud pública, es decir, una *crisis general* cuyas consecuencias se han metastatizado por todas partes, sacudiendo la confianza en las visiones del mundo establecidas y en las elites dominantes. El resultado es una crisis de hegemonía y un «asilvestramiento» del espacio público. La esfera política, que ha dejado de estar controlada por un sentido común dominante capaz de erradicar las opciones que se salgan de la norma, es ahora un ámbito en el que se produce una búsqueda frenética no solo de políticas mejores, sino también de proyectos políticos y formas de vida nuevos. Desencadenada mucho antes de la epidemia del coronavirus, pero enormemente intensificada por esta, esta «atmósfera inestable» permea la ecopolítica, que por fuerza se desenvuelve dentro de ella. El disenso climático, en consecuencia, muestra tensión no «solo» porque el destino de la Tierra pende de un hilo, ni «solo» porque hay poco tiempo, sino también porque el *clima político* está igualmente destrozado por la turbulencia.

En esta situación, para proteger el planeta es fundamental construir una contrahegemonía. Lo que hace falta es resolver la actual cacofonía de opiniones mediante el establecimiento de un sentido común ecopolítico susceptible de orientar un proyecto de transformación ampliamente compartido. Dicho sentido común debe, ciertamente, abrirse camino a través de la masa de opiniones opuestas y determinar con exactitud qué debe cambiarse en la sociedad para frenar el calentamiento global, vinculando efectivamente los resultados autoritativos de la ciencia climática con una explicación igualmente autoritativa de los impulsores sociohistóricos del cambio climático. Para volverse contrahegemónico, sin embargo, el nuevo sentido común debe trascender lo «meramente medioambiental». Abordando toda la extensión de nuestra crisis general, debe conectar su diagnóstico ecológico con otras preocupaciones vitales, incluidas la inseguridad de los medios de vida y la denegación de los derechos laborales; la desinversión pública en la reproducción social y la infravaloración crónica del trabajo de cuidados; la opresión etnoracial-imperial y la dominación de género y de sexo; la desposesión, la expulsión y la exclusión de los migrantes; la militarización, el

verde», *NLR* 112, septiembre-octubre de 2018; Lola Seaton, «¿Pintando el nacionalismo de verde?», *NLR* 124, septiembre-octubre de 2020; Sharachandra Lele, «Medioambiente y bienestar», *NLR* 123, mayo-junio de 2020.

autoritarismo político y la brutalidad policial. No cabe duda de que estas preocupaciones están entrelazadas con el cambio climático y exacerbadas por él, pero el nuevo sentido común debe evitar el «ecologismo» reductivo. Lejos de tratar el calentamiento global como un as que domina sobre todo lo demás, debe remitir esa amenaza a la dinámica social subyacente que también impulsa otros aspectos de la crisis actual. Solo abordando la *totalidad* de las principales facetas de esta crisis, las «medioambientales» y las «no medioambientales», y revelando las conexiones existentes entre ellas podremos empezar a construir un bloque contrahegemónico, que sustente un proyecto común y posea la influencia política necesaria para implementarlo de manera eficaz.

Se trata de un desafío muy exigente. Pero lo que lo coloca en el ámbito de lo posible es una «coincidencia feliz»: todos los caminos conducen a una idea, a saber, el capitalismo. El capitalismo, en el sentido que definiré más adelante, representa el impulsor sociohistórico del cambio climático y el núcleo de la dinámica institucionalizada que debe ser desmantelado para ponerle freno. Pero el capitalismo, así definido, está también profundamente implicado en formas de injusticia social aparentemente no ecológicas: desde la explotación de clase a la opresión racial-imperial y a la dominación de género y sexual. Y el capitalismo figura en un lugar central, también, en puntos muertos sociales aparentemente no ecológicos como sucede con las crisis de los cuidados y de la reproducción social; de las finanzas y las cadenas de suministros, de los salarios y del trabajo; de la gobernanza y de la desdemocratización. El anticapitalismo, por lo tanto, podría *-debería, de hecho-* convertirse en el motivo organizador central del nuevo sentido común. Revelar los vínculos existentes entre los múltiples aspectos de la injusticia y la irracionalidad representa la clave para desarrollar un proyecto contrahegemónico potente de transformación ecosocial.

Esa es, en todo caso, la tesis que defenderé aquí y que desplegaré a continuación en tres planos distintos mutuamente complementarios y retroalimentados entre sí. Centrándome, primero, en el plano estructural, sostengo que el capitalismo, entendido correctamente, alberga una contradicción ecológica profundamente asentada que lo inclina de manera no accidental a la crisis medioambiental. Pero lejos de ser la única, sostengo, esta contradicción va unida a otras, igualmente endémicas del capitalismo y aquella no puede abordarse adecuadamente abstrayéndola de estas. Me traslado, a continuación, al registro histórico,

para cartografiar las formas específicas que la contradicción ecológica del capitalismo ha asumido en las diversas fases de desarrollo del sistema, incluida la actual. Frente al ecologismo como cuestión independiente, esta historia pone de manifiesto el entrelazamiento generalizado de las crisis y las luchas ecológicas con otros tipos de crisis y luchas de las que nunca han sido completamente separables en las sociedades capitalistas. Paso, por último, al plano político para sostener que la ecológica hoy en día debe trascender lo «meramente medioambiental» y volverse antisistémica en todos los aspectos. Situando en primer plano el entrelazamiento del calentamiento global con otras facetas acuciantes de nuestra crisis general, planteo que los movimientos ecologistas deberían volverse *transmedioambientales*, situándose como participantes en un bloque contrahegemónico emergente, centrado en el anticapitalismo, que podría, al menos en principio, salvar el planeta.

I. LA CONTRADICCIÓN ECOLÓGICA DEL CAPITALISMO

¿Qué significa afirmar que el capitalismo es el principal impulsor socio-histórico del calentamiento planetario? En un aspecto, esta afirmación es empírica, una declaración de causa y efecto. Al contrario que las habituales referencias vagas al «cambio climático antropogénico», no culpa erróneamente a la «humanidad» en general, sino a la clase empresarial vinculada al beneficio que diseñó el sistema de producción y transporte basado en los combustibles fósiles y que inundó la atmósfera de gases de efecto invernadero. Esa es una afirmación que defenderé empíricamente más adelante en la parte histórica de mi argumento, pero en todo esto hay más en juego que la causalidad histórica. El capitalismo, tal y como yo lo entiendo, impulsa el calentamiento global de manera no accidental, sino por su propia estructura. Es esta afirmación fuerte y sistemática, y no su prima empírica más débil, la que muestro ahora.

Empiezo por prevenir un posible malentendido. Decir que el capitalismo impulsa el cambio climático de manera no accidental *no* significa decir que las crisis ecológicas se producen solo en las sociedades capitalistas. Muchas sociedades no capitalistas, por el contrario, han perecido como resultado de callejones sin salida medioambientales, incluidos algunos provocados por ellas mismas, como cuando imperios antiguos arruinaron, debido a la deforestación o a la falta de rotación de cultivos, los terrenos agrícolas de los que dependían. De igual modo, algunas

sociedades autoproclamadas poscapitalistas generaron graves daños medioambientales mediante una quema continua y cotidiana de carbón y mediante desastres espectaculares como el de Chernóbil. Tales casos muestran que la devastación ecológica no es exclusiva del capitalismo.

Lo que *sí* es único, sin embargo, es el carácter estructural del vínculo existente entre la crisis ecológica y la sociedad capitalista. Las crisis ecológicas precapitalistas se produjeron a pesar de las visiones del mundo «respetuosas con la naturaleza» y en gran medida debido a la ignorancia, como demuestra, por ejemplo, la incapacidad de anticipar las consecuencias de la deforestación o del cultivo excesivo. Podrían haberse evitado –y en ocasiones se evitaron– mediante el aprendizaje social que suscitó cambios en la práctica social. Nada en la dinámica inherente de estas sociedades exigía las prácticas que provocaron los daños. Lo mismo puede decirse de las sociedades autoproclamadas poscapitalistas. Los «socialismos realmente existentes» practicaron regímenes industriales y agrícolas insostenibles, envenenando el suelo con fertilizantes químicos y llenando el aire de CO₂. A diferencia de sus predecesores precapitalistas, por supuesto, sus prácticas se alineaban con visiones del mundo que no eran en absoluto «respetuosas con la naturaleza» y sus acciones estaban modeladas por presiones ideológicas que imponían «el desarrollo de las fuerzas productivas».

El hecho crucial, sin embargo, es que ni las visiones del mundo ni las presiones derivaban de la dinámica *interna* del socialismo. Sus raíces se hundían, por el contrario, en el suelo geopolítico en el que germinaron estos socialismos, en un sistema-mundo estructurado por la competencia con las sociedades capitalistas, por la mentalidad extractivista de «ponerse al día» que el entorno potenciaba, y por los modelos de megaindustrialización alimentada por los combustibles fósiles favorecidos por él. Esto no significa permitir que los dirigentes de estas sociedades se vayan de rositas; seguirán siendo para siempre culpables de las decisiones desastrosas que tomaron en medios burocráticos y autoritarios, saturados de miedo y obsesionados por el secretismo, cualidades que cultivaron de manera deliberada. El argumento es, por el contrario, que nada en la naturaleza de la sociedad socialista exige dichos medios o tales decisiones. Ausentes las restricciones externas y las deformaciones internas imperantes, dichas sociedades podrían, en principio, desarrollar patrones sostenibles de interacción con la naturaleza no humana.

No puede decirse lo mismo de las sociedades capitalistas. Son las únicas entre los sistemas sociales conocidos que albergan en su propio núcleo

una tendencia profundamente asentada a la crisis ecológica. Como explicaré, hay una «contradicción ecológica» sistémica inscrita en el ADN de la sociedad capitalista, anclada en su estructura institucional y en su dinámica de desarrollo características. Como resultado, las sociedades capitalistas están predispuestas a generar crisis medioambientales recurrentes a lo largo de su historia. A diferencia de los de otras sociedades, sus callejones sin salida ecológicos no pueden resolverse aumentando el conocimiento o mediante una buena fe verde. Hace falta, además, una profunda transformación estructural.

Lo económico y lo no económico

Para entender por qué debemos volver al concepto de capitalismo. En contra de la opinión general, el capitalismo no es un sistema económico, sino algo más amplio. Además de constituir una forma de organizar la producción y el intercambio económicos, es también una forma de organizar la relación entre la producción y el intercambio, por un lado, y las *condiciones de posibilidad no económicas* de ambos, por otro. Es bien sabido que las sociedades capitalistas institucionalizan un ámbito «económico» específico —el ámbito de una abstracción peculiar conocida como «valor»— en el que las mercancías son producidas a través de medios de producción privados por trabajadores asalariados explotados y vendidas por empresas privadas en mercados que establecen los precios, todo ello con el objetivo de generar beneficios y acumular capital. Lo que a menudo se pasa por alto, sin embargo, es que este ámbito es constitutivamente dependiente —parasitario, podría decirse— de toda una serie de actividades sociales, capacidades políticas y procesos naturales que en las sociedades capitalistas se definen como no económicos. Sin «valor» asignado y situadas fuera de él, estas actividades, capacidades y procesos constituyen premisas indispensables para la economía. La producción de mercancías es inconcebible, ciertamente, sin las actividades de reproducción social no asalariadas que forman y sostienen a los seres humanos que desempeñan el trabajo asalariado. Y dicha producción tampoco podría existir al margen de los procesos naturales que aseguran la disponibilidad de insumos vitales, como las materias primas y las fuentes de energía. Y tampoco, por último, serían posibles los beneficios o el capital sin los órdenes jurídicos, las fuerzas represivas y los bienes públicos que sostienen la propiedad privada y el intercambio contractual. Condiciones esenciales para la economía capitalista, estas instancias no económicas no son externas al capitalismo, sino que

constituyen elementos integrales del mismo. Las concepciones del capitalismo que las omiten son ideológicas. Equiparar el capitalismo con su economía es repetir mecánicamente la propia interpretación económica que el sistema hace de sí mismo, lo cual supone en consecuencia perder la oportunidad de cuestionarlo críticamente. Para adquirir una perspectiva crítica, debemos entender el capitalismo de modo amplio, como un orden social institucionalizado que no solo abarca la economía, sino también aquellas actividades, relaciones y procesos definidos como «no económicos», que hacen posible «la economía»³.

Lo que se gana con esta revisión es la capacidad para examinar algo crucial: *la relación establecida en las sociedades capitalistas entre la economía y sus «otros»*, incluido ese otro vital conocido como naturaleza. En su núcleo, esta relación *es contradictoria y tendente a las crisis*. Por una parte, la economía del sistema depende constitutivamente de la naturaleza, que le sirve tanto de grifo para los insumos de producción como de sumidero para eliminar sus residuos. Al mismo tiempo, la sociedad capitalista establece una división drástica entre los dos «ámbitos», interpretando la economía como un campo de acción humana creativa que genera valor y situando al mismo tiempo la «naturaleza» como el ámbito de los materiales, carente de valor, pero que se autorrepone de manera infinita y está en general disponible para ser procesada en la producción de mercancías.

Este abismo ontológico se convierte en un infierno salvaje cuando el capital entra en la mezcla. Abstracción monetizada y diseñada para autoexpandirse, el capital exige una acumulación sin fin. El efecto es el de incentivar a los propietarios orientados a la maximización de los beneficios a apoderarse de los dones de la naturaleza de la manera más barata posible y, al mismo tiempo, a absolverlos de cualquier obligación de reponer lo que toman y reparar lo que dañan. Los daños son la otra cara de los beneficios. Con sus costes de reproducción ecológica descontados, todos los grandes insumos de la producción y la circulación capitalistas se abaratan enormemente, no «solo» las materias primas, la energía y el transporte, sino también el trabajo, ya que los salarios caen junto con el coste de la vida cuando el capital obtiene alimentos de la naturaleza de manera barata. En todos los casos, los capitalistas se apropian de los ahorros que les ofrecen los insumos baratos en forma de beneficio, al tiempo que trasladan los costes medioambientales a aquellos que deben vivir –y morir– con las consecuencias, incluidas las generaciones futuras.

³ Nancy Fraser, «Tras la morada oculta de Marx: por una concepción ampliada del capitalismo», *NLR* 86, mayo-junio de 2014, pp. 57-76.

Más que una relación con el trabajo, por lo tanto, el *capital es también una relación con la naturaleza*: una relación extractiva y depredadora, que consume cada vez más riqueza biofísica para acumular cada vez más «valor», negándose al mismo tiempo a reconocer que existan «externa- lidades» ecológicas. Lo que también acumula el capital, y no de manera accidental, es una innumerable cantidad, cada vez mayor, de ecodesas- tres: una atmósfera inundada de emisiones de carbono; subida de las temperaturas, desplome de los casquetes polares, ascenso de unos mares asfixiados de islas de plástico; extinciones masivas, pérdida de biodiversidad, migración de organismos y patógenos relacionada con el clima, aumento de las expansiones zoonóticas de virus mortales; supertormen- tas, megainundaciones, enjambres gigantescos de langostas, incendios forestales descomunales, inundaciones titánicas; zonas muertas, tierras envenenadas, aire irrespirable. Sistemáticamente predispuesto a apro- vecharse de una naturaleza que no puede realmente autorreponerse ilimitadamente, la economía capitalista siempre está a punto de desesta- bilizar sus propias condiciones de posibilidad ecológicas.

Las cuatro bases de la contradicción

Hay, en efecto, una contradicción ecológica situada en el corazón de la sociedad capitalista: la relación que esta sociedad establece entre econo- mía y naturaleza. Anclada profundamente en la estructura del sistema, esta contradicción se resume en cuatro palabras: dependencia, división, negación y desestabilización. En resumen: la sociedad capitalista hace que la «economía» *dependa* de la «naturaleza» al tiempo que las *divide* ontológicamente. Imponiendo una acumulación infinita de valor y defi- niendo al mismo tiempo la naturaleza como algo que no participa de él, esta solución programa la economía para *negar* cualquier responsa- bilidad en los costes de reproducción ecológica que genera. El efecto, a medida que esos costes aumentan de manera exponencial, es *desestabili- zar* los ecosistemas y alterar periódicamente todo el destartalado edificio de la sociedad capitalista. Al necesitar la naturaleza y simultáneamente llenarla de basura, el capitalismo es un caníbal que devora sus propios órganos vitales, como una serpiente que devora su propia cola⁴.

⁴ Mi análisis de la contradicción ecológica del capitalismo se basa en la innovadora teorización de James O'Connor sobre «la segunda contradicción del capitalismo». O'Connor comenzó basándose en el pensamiento de Karl Polanyi para conceptualizar las «condiciones de producción» y la tendencia del capital a socavarlas. Véase James O'Connor, «The Second Contradiction of Capitalism, with an Addendum

La contradicción puede también formularse en términos de poder de clase. Por definición, las sociedades capitalistas transfieren la tarea de organizar la producción al capital o, en realidad, a quienes se dedican a acumularlo. Este sistema concede a la clase de los capitalistas licencia para extraer materias primas, generar energía, determinar el uso de la tierra, diseñar sistemas alimentarios, bioexplorar principios medicinales y desechar los residuos, cediéndoles de hecho la parte del león en el control sobre el aire y el agua, el suelo y los minerales, la flora y la fauna, los bosques y los océanos, la atmósfera y el clima, es decir, sobre todas las condiciones básicas que sostienen la vida en la Tierra. La sociedad capitalista dota así a una clase, que está fuertemente motivada para ensuciar la naturaleza, del poder para gestionar nuestras relaciones con esta.

Es cierto que en ocasiones los gobiernos intervienen *post hoc* para mitigar los daños, pero siempre de manera reactiva, a modo de puesta al día, y sin alterar las prerrogativas de los propietarios. Al ir siempre un paso por detrás de los emisores de gases de efecto invernadero, las regulaciones medioambientales son fácilmente subvertidas por las soluciones alternativas de las corporaciones. Y dado que aquellas dejan intactas las divisiones estructurales que conceden a las empresas privadas licencia para organizar la producción, no alteran el hecho fundamental: que el sistema proporciona a los capitalistas el motivo, los medios y la oportunidad para violentar el planeta. Son ellos, y no los humanos en general, quienes nos han traído al calentamiento global, pero no por casualidad o por simple avaricia. La dinámica que ha regido sus acciones y conducido a ese resultado está, por el contrario, incrustada en la estructura misma de la sociedad capitalista.

Sea cual fuere la formulación con la que empecemos, la conclusión a la que llegamos es la misma: las sociedades organizadas de manera capitalista portan en su ADN la contradicción ecológica. Están predispuestas para precipitar «catástrofes naturales», que ocurren a lo largo de su historia de manera periódica, pero no accidental. Estas sociedades albergan, así, una tendencia innata a las crisis ecológicas. Generan continuas vulnerabilidades ecosistémicas, como parte integral de su *modus operandi*. Aunque no

on the Two Contradictions of Capitalism», en James O'Connor, *Natural Causes: Essays in Ecological Marxism*, Nueva York, 1998, pp. 158-177. John Bellamy Foster señala con acierto algunos aspectos reduccionistas presentes en la explicación de O'Connor en «Capitalism and Ecology: The Nature of the Contradiction», *Monthly Review*, vol. 54, núm. 4, 2002, pp. 6-16, pero este último sigue siendo una piedra de toque fundamental.

siempre agudas, o visibles siquiera, estas vulnerabilidades se acumulan con el tiempo hasta que se alcanza un punto crítico y el daño salta a la vista. Consideraré algunos ejemplos históricos en el próximo apartado.

Aquí, sin embargo, he resaltado el carácter estructural de esta tendencia. El argumento es de suma importancia, sobre todo por sus consecuencias prácticas. Afirmar que el problema ecológico del capitalismo es estructural es afirmar que no podemos salvar el planeta sin desactivar algunas características fundamentales y definitorias de nuestro orden social. Lo que hace falta, ante todo, es sustraer el poder de dictar nuestra relación con la naturaleza a la clase que ahora lo monopoliza, de forma que podamos empezar a reinventar dicha relación desde cero. Pero eso exige dismantelar el sistema que sostiene su poder: las fuerzas militares y las formas de propiedad, la pernicioso ontología del «valor» y la incesante dinámica de acumulación, las cuales funcionan en su totalidad unidas para impulsar el calentamiento global. La ecopolítica debe, en resumen, ser anticapitalista.

Ámbitos mutuamente constitutivos

Esa conclusión es conceptualmente convincente por sí sola, pero no cuenta aún toda la historia. Para completar la imagen, necesitamos considerar otros rasgos estructurales de la sociedad capitalista que también impactan en la naturaleza y en las luchas que la rodean. Lo crucial aquí es un punto al que ya he aludido: la naturaleza no es ni la única condición de fondo no económica para la economía capitalista, ni el único espacio de crisis en la sociedad capitalista. La producción capitalista depende también, por el contrario, como ya se ha señalado, de prerequisites políticos y socio-reproductivos. Y estos modos de interacción son también contradictorios, no menos que los modos de interacción que rodean a la naturaleza, con los que interactúan de maneras que pasamos por alto, con el peligro que esto supone. Estas relaciones deben incluirse también en una teoría ecocrítica de la sociedad capitalista.

Consideremos las condiciones socio-reproductivas de la sociedad capitalista. También en esto el capitalismo organiza algo más que la mera producción. Estructura asimismo las relaciones entre la producción y las múltiples formas de cuidados proporcionadas por comunidades y familias, principalmente, aunque no solo, por las mujeres. Sosteniendo a los seres humanos que constituyen el «trabajo» y forjando los vínculos sociales que permiten la cooperación, los cuidados son indispensables

para cualquier sistema de aprovisionamiento social. Pero la forma de organizar los cuidados específica del capitalismo es tan contradictoria como su forma de organizar la naturaleza. También aquí el sistema funciona mediante la división, en este caso, separando la producción de la reproducción y tratando solo la primera como epicentro del valor. El efecto es el de conceder a la economía licencia para aprovecharse de la sociedad, apropiarse de los cuidados sin reposición, vaciar las energías necesarias para proporcionarlos y de ese modo poner en peligro una condición esencial de su propia posibilidad. Hay una tendencia a la crisis socio-reproductiva en el centro de la sociedad capitalista⁵.

Una contradicción análoga persigue a la relación existente entre «lo económico» y «lo político» en la sociedad capitalista. Por una parte, la economía capitalista se basa necesariamente en gran cantidad de apoyos políticos: fuerzas de seguridad represivas que contienen la disensión e imponen el orden; sistemas jurídicos que garantizan la propiedad privada y autorizan la acumulación; múltiples bienes públicos que permiten a las empresas privadas operar de manera rentable. De faltar estas condiciones políticas no podría existir una economía capitalista. Pero la forma que tiene el capitalismo de relacionar la economía con el sistema político es también desestabilizadora. Al separar el poder privado del capital, por una parte, y el poder público de los Estados, por otra, esta solución incentiva al primero a vaciar el segundo. Empresas cuya *raison d'être* es la acumulación incesante tienen todas las razones para evadir impuestos, erosionar la regulación, privatizar los bienes públicos, trasladar sus operaciones al extranjero y así debilitar los prerequisites políticos de su propia existencia. Con el caníbal de nuevo tendiendo a devorar sus propias precondiciones, se instala una tendencia a la crisis política en el centro de la sociedad capitalista⁶.

Hay aquí, entonces, dos nuevas contradicciones del capital, que siguen también la división lógica de las cuatro tendencias: división, dependencia, negación de responsabilidad y desestabilización. Consideradas bajo esta luz, como abstracciones analíticas, avanzan en paralelo a la

⁵ Nancy Fraser, «Las contradicciones del capital y los cuidados», *NLR* 100, septiembre-octubre de 2016, pp. 111-132.

⁶ Nancy Fraser, «Legitimation Crisis? On the Political Contradictions of Financialized Capitalism», *Critical Historical Studies*, vol. 2, núm. 2, 2015, pp. 1-33; ed. cast.: «La crisis de la democracia como crisis capitalista. Sobre las contradicciones políticas del capitalismo financiarizado», *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020, pp. 117-134.

contradicción ecológica aquí diseccionada. Pero esa formulación es engañosa. Las tres contradicciones no funcionan de hecho en paralelo, sino que, por el contrario, *interactúan* entre sí y con las contradicciones económicas diagnosticadas por Marx. De hecho, las interacciones entre ellas son tan íntimas y mutuamente constitutivas que es imposible entender plenamente cualquiera de ellas aislada de las demás.

Considérese que el trabajo de reproducción social se ocupa profundamente de cuestiones de vida y muerte. El cuidado de los niños no solo abarca la socialización, la educación y la atención emocional, sino también la gestación, el parto, la atención posnatal a los cuerpos y la continua protección física. De igual modo, el cuidado a enfermos y moribundos se centra en sanar los cuerpos y aliviar el dolor, así como en proporcionar consuelo y asegurar la dignidad. Y todos –jóvenes o viejos, enfermos o sanos– dependemos de los cuidados de mantenimiento de la vivienda, la nutrición y la higiene tanto para el bienestar físico como para la conexión social. En general, por lo tanto, el objetivo del trabajo de reproducción social es el de sostener seres que son simultáneamente naturales y culturales. La confusión de esa distinción define la relación existente entre sociabilidad y biología, entre comunidad y hábitat.

La reproducción social está, en consecuencia, íntimamente entrelazada con la reproducción ecológica, lo cual explica porque tantas crisis de la primera son también crisis de la segunda y porque tantas luchas por la naturaleza son también luchas por las formas de vida. Cuando el capital desestabiliza los ecosistemas que sustentan los hábitats humanos, pone en peligro tanto los cuidados como los medios de vida y las relaciones sociales que los sostienen. Cuando la población contraataca, por el contrario, a menudo lo hace tanto para defender la totalidad del nexo ecosocial de un solo golpe, como para desafiar la autoridad de las divisiones del capitalismo. Los teóricos ecocríticos deberían seguir su ejemplo. No podemos entender adecuadamente la contradicción ecológica del capitalismo a no ser que la analicemos conjuntamente con su contradicción socio-reproductiva. Aunque el sistema trabaja para separar la naturaleza y los cuidados de la economía, pone simultáneamente en movimiento extensas interacciones entre ellos. Estas interacciones merecen un lugar destacado en la teoría ecocrítica de la sociedad capitalista.

El mismo argumento es aplicable a lo ecológico y lo político, que están también íntimamente ligados en la sociedad capitalista. Son los poderes

públicos, usualmente los Estados, los que proporcionan el marco jurídico y militar que permite al capital expropiar la riqueza natural *gratuitamente* o a bajo coste. Y es a los poderes públicos a los que la población acude cuando los daños ecológicos se vuelven tan inmediatamente amenazadores que ya no es posible hacer caso omiso de ellos. Son los Estados, en otras palabras, los encargados por las sociedades capitalistas de vigilar el límite existente entre economía y naturaleza: de promover o frenar el «desarrollo», de regular o desregular las emisiones, de decidir dónde ubicar los vertidos de residuos tóxicos, sin mitigar sus efectos, así como de decidir a quién proteger y a quién poner en peligro.

Las luchas por la relación existente entre economía y naturaleza son, por lo tanto, inevitablemente políticas en más de un sentido. Típicamente centradas en las políticas concretas que los Estados deberían perseguir para proteger la naturaleza de la economía, a menudo se convierten en conflictos en torno a los límites del poder público, su derecho y capacidad para controlar el poder privado (empresarial). En dichas luchas está también en juego la jurisdicción: la escala adecuada y la voluntad de intervención en asuntos, como el calentamiento global, que son por definición transterritoriales. En juego está también, de igual modo, la gramática de la naturaleza: los significados sociales que se le atribuyen, el lugar que ocupamos en ella y nuestra relación con la misma. Por último, lo que acecha tras cada enfrentamiento ecológico es una cuestión metapolítica fundamental: ¿exactamente qué parte de la sociedad debería determinar dichas cuestiones? En todos los niveles, por lo tanto, el nexo entre naturaleza y economía es político. No podremos entender la dimensión ecológica de la crisis actual del capitalismo a no ser que comprendamos sus interacciones con el aspecto político. Y tampoco podemos esperar resolver la primera sin resolver también las segundas.

Lo ecológico está también enmarañado, por último, con la división constitutiva del capitalismo entre explotación y expropiación. Correspondiéndose aproximadamente con la línea de color mundial, esa división separa las poblaciones cuyos costes de reproducción social absorbe el capital, mediante el pago de salarios, de aquellas de cuyo trabajo y riqueza se apropia sin más, sin compensación. Mientras que las primeras se postulan como ciudadanos libres titulares de derechos con acceso a protección política (al menos en cierto grado), las segundas están constituidas como sujetos dependientes o carentes de libertad, esclavizados o colonizados, incapaces de solicitar la protección del Estado y

privados de todo medio de defensa propia. Esta distinción siempre ha sido central para el desarrollo capitalista, desde la era de la esclavitud racializada en el Nuevo Mundo a las épocas del colonialismo de dominio directo, del neoimperialismo poscolonial y de la financiarización. En cada caso, la expropiación de algunos ha servido como condición propia y no reconocida para la explotación rentable de otros⁷.

Pero la expropiación ha servido también como método por el cual el capital accede a la energía y las materias primas de manera muy barata, gratuita incluso. El sistema se desarrolla en parte anexionando porciones de naturaleza por cuyos costes de reproducción no paga. Al apropiarse de la naturaleza, sin embargo, el capital expropia simultáneamente a las comunidades humanas para las que las materias confiscadas y los entornos contaminados constituían un hábitat, sus medios de vida y la base material de su reproducción social. Estas comunidades soportan así una parte desproporcionada del impacto medioambiental mundial; su expropiación ofrece a otras comunidades (más blancas) la oportunidad de resguardarse, al menos durante un tiempo, de los peores efectos de canibalización de la naturaleza por parte del capital. La tendencia innata del sistema a la crisis ecológica está, por lo tanto, estrechamente vinculada con su tendencia innata a crear poblaciones racialmente marcadas para la expropiación. Tampoco en este caso puede la teoría ecocrítica entender adecuadamente la primera separada de la segunda.

En definitiva, la contradicción ecológica del capitalismo no puede separarse fácilmente de otras irracionalidades e injusticias constitutivas del sistema. Pasar por alto las segundas mediante la adopción de una perspectiva ecologista reduccionista del ecologismo como cuestión única es pasar por alto la estructura institucional específica de la sociedad capitalista. Al separar la economía no solo de la naturaleza sino también del Estado, los cuidados y la expropiación racial/imperial, esta sociedad instituye una maraña de contradicciones que interactúan mutuamente y que la teoría crítica debe rastrear conjuntamente, en un solo marco. Como veremos, esa conclusión recibe respaldo adicional cuando dirigimos nuestra atención a la historia.

⁷ Nancy Fraser, «Is Capitalism Necessarily Racist?», Presidential Address, 2018 Eastern Division, *Proceedings and Addresses of the American Philosophical Association*, vol. 92, 2018, pp. 21-42; ed. cast.: «Es el capitalismo necesariamente racista?», *ibid.*, pp. 93-116.

NATURALEZA: UN EXCURSO TERMINOLÓGICO

Primero, sin embargo, unas palabras acerca del término «naturaleza». Ampliamente reconocido como un término esquivo, ha aparecido en las páginas anteriores en dos sentidos distintos, que ahora me propongo desagregar antes de introducir uno más. Al hablar de calentamiento global como una realidad en bruto he supuesto una concepción de la naturaleza entendida como el objeto estudiado por la ciencia climática: una naturaleza que «pasa factura» cuando los sumideros de carbono se inundan, operando a través de procesos biofísicos que se producen a nuestras espaldas con independencia de que los entendamos o no. Esa concepción científico-realista –llamémosla Naturaleza I– se opone a otro significado que he invocado para explicar la contradicción ecológica del capitalismo. En él se hacía referencia a la «naturaleza» desde el punto de vista del capital como el otro ontológico de la «Humanidad»: una colección de materiales, desprovistos de valor, pero que se autorreponen y son apropiables como medios para el fin sistémico de la expansión del valor. Esa concepción –llamémosla Naturaleza II– es un constructo del capitalismo, históricamente específico de él, pero ni mucho menos una simple ficción o una mera idea. Conjugada en la dinámica de la acumulación del capital –que también procede sistémicamente con independencia de nuestra comprensión– se ha convertido en una fuerza potente con consecuencias prácticas trascendentales para la Naturaleza I. Buena parte de la argumentación que he planteado hasta aquí ha intentado ilustrar el secuestro catastrófico de la Naturaleza I por la Naturaleza II en la sociedad capitalista.

Ahora, sin embargo, al acudir a la historia, estamos destinados a encontrar otra concepción de la naturaleza. Esta, la Naturaleza III, es el objeto estudiado por el materialismo histórico: concreta e históricamente cambiante, siempre marcada previamente por interacciones metabólicas anteriores entre sus elementos humanos y no humanos. Esta es la naturaleza enmarañada con la historia humana, modelada por esta y a su vez modeladora de la misma. La vemos en la transformación de praderas con biodiversidad en terrenos agrícolas de monocultivo; en la sustitución de bosques de crecimiento antiguo por plantaciones de árboles; en la destrucción de las selvas tropicales para abrir camino a la minería y a la ganadería extensiva; en la conservación de «áreas salvajes» y en la recuperación de humedales; en los animales criados en granjas y las semillas genéticamente modificadas; en las migraciones de especies, inducidas por el clima o por el «desarrollo», que provocan expansiones zoonóticas de virus, por citar

ejemplos de la fase capitalista (relativamente breve) de la historia de la Tierra. Jason Moore evoca la idea de la Naturaleza III cuando propone sustituir la «Naturaleza» en singular y mayúscula por las «naturalezas históricas», en plural y minúscula en su innovador libro *Capitalism in the Web of Life*⁸. Usaré la expresión de Moore en este apartado, junto con el adjetivo «socioecológico», para retratar la relación existente entre sociedad-naturaleza entendida como un nexo histórico interactivo, un nexo que el capital ha intentado controlar y que ahora amenaza con eliminar.

Esta tercera concepción de la naturaleza, entendida como algo inextricablemente unido a la historia humana, será primordial y central para el siguiente paso de mi argumento, que sitúa históricamente la contradicción ecológica del capitalismo. Pero ese planteamiento no excluye ni invalida en absoluto la Naturaleza I o la Naturaleza II. A diferencia de lo establecido por Moore, esas dos concepciones son legítimas y compatibles con la Naturaleza III⁹. Y ambas encontrarán un lugar en mi relato, ya sea como fuerzas históricas objetivas que operan a nuestras espaldas o como creencias (inter)subjetivas que motivan nuestras acciones. Veremos, también, que las creencias colisionan entre sí —y con otras interpretaciones subalternas de la naturaleza todavía sin identificar, pero que también poseen la capacidad de «pasar factura»— en este caso a través de la lucha social y la acción política. Necesitamos, en resumen, las tres concepciones de la naturaleza trabajando en concierto para cartografiar la trayectoria histórica de la contradicción ecológica del capitalismo.

⁸ Jason Moore, *Capitalism in the Web of Life: Ecology and the Accumulation of Capital*, Londres y Nueva York, 2015; ed. cast.: *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020. Desafortunadamente, Moore parece asumir que la Naturaleza III puede simplemente sustituir a la Naturaleza I, que él procede a tachar de «cartesiana». Esa suposición es políticamente desactivadora, ya que invalida de hecho la ciencia del clima. Es también conceptualmente confusa. Como explico más adelante, esas concepciones de la naturaleza no son de hecho incompatibles y pueden desplegarse juntas. Para saber más acerca de mis diferencias con Moore, véase Nancy Fraser y Rahel Jaeggi, *Capitalism: A Conversation in Critical Theory*, Brian Milstein (ed.), Cambridge, 2018, pp. 94-96.

⁹ Deberíamos hacer uso de las tres concepciones de la Naturaleza. Cada una pertenece a un nivel de análisis y a un género de investigación diferentes: la Naturaleza I, a la ciencia biofísica; la Naturaleza II, al análisis estructural de la sociedad capitalista; la Naturaleza III, al materialismo histórico. Propiamente entendidas, no se contradicen entre sí. La apariencia de contradicción solo surge cuando no se distinguen los tres niveles y se confunden las concepciones. Así, el debate actual entre realistas críticos y constructivistas sociales (o «anticartesianos») es en gran medida erróneo. Cada parte se centra en una de las concepciones y la totaliza ilegítimamente, al tiempo que excluye de manera equivocada a las otras. Cf. Andreas Malm, *The Progress of this Storm: Nature and Society in a Warming World*, Londres y Nueva York, 2018.

2. RÉGIMENES DE ACUMULACIÓN SOCIOECOLÓGICOS

Hasta ahora he elaborado la tendencia del capitalismo a las crisis ecológicas en términos estructurales, como si existiese fuera del tiempo. En realidad, sin embargo, esta tendencia solo encuentra expresión en formas históricamente específicas o, como las denominaré, en «régimenes de acumulación socioecológicos». Uso esa expresión para designar las diversas fases cuya sucesión forma la historia del capitalismo. Cada régimen representa una forma específica de organizar la relación existente entre economía y naturaleza. Cada uno presenta métodos característicos para generar energía, extraer recursos y desechar residuos. Los regímenes presentan, de igual modo, trayectorias específicas de expansión, esto es, formas de anexionar porciones anteriormente externas de la naturaleza mediante combinaciones históricamente concretas de conquista, robo, mercantilización, nacionalización y financiarización. Los regímenes desarrollan, por último, estrategias características para externalizar y manejar la naturaleza: métodos de descargar daños sobre familias y comunidades que carecen de la fuerza política para defenderse de estos o cuya existencia y bienestar se consideran prescindibles; y planes para distribuir la responsabilidad de la mitigación de estos daños entre los Estados, las organizaciones intergubernamentales y los mercados. Lo que hace que un régimen sea específico es, por lo tanto, dónde establece la línea entre economía y naturaleza, así como el modo en que efectúa esta división. Igualmente importantes, como veremos, son los significados concretos que un régimen adscribe a la naturaleza, tanto en la teoría como en la práctica.

Ninguna de estas cuestiones se resuelve de una vez por todas con la llegada del capitalismo. Cambian históricamente, por el contrario, y a menudo lo hacen en tiempos de crisis en los que las consecuencias de la contradicción ecológica del capitalismo, que han ido acumulándose lentamente, se vuelven tan claras, tan insistentes, que ya no es posible maquillarlas o pasarlas por alto. Cuando ello sucede, la organización establecida de la relación entre economía y naturaleza parece disfuncional, injusta, no rentable o insostenible y se vuelve objeto de protesta. El efecto es incitar fuertes luchas entre bloques políticos rivales portadores de proyectos opuestos a la hora de defender o transformar esa relación. Cuando no acaban en un punto muerto, dichas luchas pueden imponer un nuevo régimen socioecológico, el cual, una vez establecido, proporciona alivio provisional mediante la superación al menos de algunos de los callejones sin salida de su predecesor y la incubación simultánea de

los suyos propios, cuyos efectos se pondrán de manifiesto más adelante a medida que madura el nuevo régimen. En la medida en que este no supere la tendencia intrínseca del capitalismo a la crisis ecológica, sino que meramente la apacigüe o la desplace de forma más o menos creativa, ese resultado está garantizado.

Ese es, en todo caso, el escenario que ha prevalecido hasta la fecha. La historia del capitalismo puede ahora, como resultado, contemplarse como una secuencia de regímenes de acumulación socioecológicos salpicada de crisis de «desarrollo» específicas de cada uno de los regímenes, cada una de las cuales es resuelta de manera provisional por el régimen sucesor, que a su debido tiempo genera una crisis de desarrollo propia¹⁰. Más adelante consideraremos si esta secuencia puede llegar o no a un fin gracias a una dinámica más profunda que subyace a ella: a saber, la progresión del transrégimen que marca la época del calentamiento global, cuyo crecimiento es acumulativo y en apariencia implacable, y que amenaza con parar todo el espectáculo. Con independencia de lo que digamos al respecto, no puede negarse que la división entre economía y naturaleza ha mutado varias veces en el transcurso de la historia del capitalismo, al igual que la organización de la naturaleza. Mi objetivo principal en este apartado es el de cartografiar estos cambios, y la dinámica de crisis que los impulsa.

La trayectoria histórica de la contradicción ecológica del capitalismo abarca cuatro regímenes de acumulación: la fase capitalista mercantil, que se despliega entre siglo XVI y el XVIII; el régimen colonial-liberal, que corre durante el siglo XIX hasta comienzos del XX; la fase dirigida por el Estado, desplegada en el segundo tercio del siglo XX; y el actual régimen de capitalismo financiarizado. En cada una de estas fases, la relación entre economía y naturaleza ha asumido un aspecto distinto, al igual que los fenómenos de crisis generados por ella. Cada régimen ha precipitado también distintos tipos de luchas relacionadas con la naturaleza, pero una cosa ha permanecido constante todo este tiempo. En todos los casos, las ecocrisis y la ecolucha han estado profundamente entrelazadas con otras facetas de crisis y de lucha basadas también en las contradicciones estructurales de la sociedad capitalista.

¹⁰ Debo los términos crisis «de desarrollo» y crisis «de época», así como la distinción entre ellos, a Jason Moore, que los ha tomado de Immanuel Wallerstein y Giovanni Arrighi para aplicarlos a la teoría ecocrítica. Véase el artículo de Moore, «*The Modern World System as Environmental History? Ecology and the Rise of Capitalism*», *Theory and Society*, vol. 32, núm. 3, 2003.

Músculo animal

Comienzo por el capitalismo mercantil y por la cuestión de la energía. En esa fase, la agricultura y la producción manufacturera se basaban casi por completo en el músculo animal, ya fuese humano o de otro tipo (bueyes, caballos, etcétera), más una cierta cantidad de energía eólica e hidráulica, como lo habían hecho durante milenios. Mostrando continuidad a este respecto con las sociedades precapitalistas, el capitalismo mercantil fue lo que J. R. McNeill denomina un régimen «somático»: la conversión de energía química en energía mecánica se producía en el cuerpo de los seres vivos al digerir alimentos procedentes de la biomasa, lo cual significaba que, como en tiempos anteriores, la única forma de aumentar la energía disponible era mediante la conquista¹¹. Solo anexionando tierra e incautando suministros de trabajo adicionales podían las potencias del capitalismo mercantil aumentar sus fuerzas de producción, lo cual hicieron, en todo caso, mediante un uso amplio de estos métodos aquilatados por el tiempo, pero a una escala enormemente ampliada, que abarcó tanto el «Nuevo Mundo» como el «Viejo».

En la periferia, por lo tanto, los agentes del capitalismo mercantil instalaron sistemas brutales de extractivismo socioecológico. Desde las minas de plata del Potosí hasta las plantaciones esclavistas en Santo Domingo, el capitalismo mercantil explotó la tierra y el trabajo hasta agotarlos sin esforzarse por reponer lo que utilizaba¹². Escogiendo, por el contrario, devorar nuevos «insumos» humanos y no humanos incorporados por la fuerza desde «el exterior», el capitalismo mercantil dejó rastros de destrucción medioambiental y social a escala de continentes enteros. Las víctimas de este modelo contraatacaron con diversos grados de éxito. Su resistencia fue necesariamente integral, dirigida a contrarrestar los asaltos totales practicados contra hábitats, comunidades y medios de vida. Esta resistencia ya fuera comunalista, antiimperial o republicana, combinaba lo que ahora denominaríamos las luchas «medioambientales» con las luchas por el trabajo, la reproducción social y el poder político.

En la metrópoli, mientras tanto, el capital aumentaba por otros medios. Los cercamientos forzosos de tierras en Inglaterra facilitaron

¹¹ Respecto a la distinción entre regímenes energéticos «somáticos» y «exosomáticos», véase J. R. McNeill, *Something New Under the Sun: An Environmental History of the 20th Century*, Londres, 2000, en especial pp. 10-16.

¹² Jason Moore, «Potosí and the Political Ecology of Underdevelopment, 1545-1800», *Journal of Philosophical Economics*, vol. 4, núm. 1, 2010, pp. 58-103.

la conversión de terrenos agrícolas en pastos para ovejas, permitiendo ampliar la producción de productos textiles incluso en ausencia de mecanización. Este cambio en el uso de la tierra y en el régimen de propiedad convergió con una gran ronda de construcción administrativa del Estado durante el siglo XVI y con la revolución científica en el XVII, que cambió el mundo. Esta última nos dio la visión mecánica de la naturaleza, una versión inicial de la Naturaleza I, que fue fundamental en la creación de la Naturaleza II. Endureciendo las distinciones heredadas de la filosofía griega y del cristianismo, la visión mecánica expulsó la naturaleza del cosmos del significado, sustituyendo de hecho las presuposiciones de proximidad socionatural por un profundo abismo ontológico. Objetivada y externalizada, la Naturaleza aparecía ahora como la antítesis de la Humanidad, una perspectiva que para algunos parecía otorgar licencia para «violarla»¹³. A la postre resultó que las ideas filosóficas de este tipo demostraron no ser esenciales para la ciencia moderna y fueron eliminadas de versiones posteriores de la Naturaleza I, pero encontraron una segunda vida en la metafísica del capital, que presentó la Naturaleza II como algo inerte y dispuesto para quien pudiera tomarlo.

En general, por lo tanto, el capitalismo mercantil articuló la conquista y el extractivismo en la periferia con la desposesión y la ciencia moderna en el centro de la economía-mundo capitalista. Podríamos decir, con la ventaja que nos da la perspectiva, que en esta era el capital estaba amasando fuerzas bióticas y epistémicas, cuyo mayor potencial productivo solo se haría visible más tarde, con la llegada de un nuevo régimen de acumulación socioecológico.

El rey carbón

Este régimen comenzó a tomar forma en la Inglaterra de comienzos del siglo XIX, precursora del cambio histórico-mundial a la energía fósil. El motor de vapor de Watt, alimentado por carbón, abrió el camino al primer régimen «exosomático» del mundo: el primero en tomar energía solar carbonizada de debajo de la corteza terrestre para convertirla en energía mecánica *fuera de los cuerpos vivos*. Vinculado a la biomasa solo de manera indirecta, el régimen liberal-colonial apareció para

¹³ Hay buenas explicaciones de todo ello en el brillante libro de Philippe Descola, *Beyond Nature and Culture*, Chicago (IL), 2014 [ed. cast.: *Más allá de naturaleza y cultura*, Buenos Aires, 2012]; y en el clásico de Carolyn Merchant, *The Death of Nature: Women, Ecology and the Scientific Revolution* [1980], San Francisco (CA), 1990; ed. cast.: *La muerte de la naturaleza. Mujeres, ecología y revolución científica*, Granada, 2020.

liberar las fuerzas de producción de las restricciones que imponían la tierra y el trabajo. Al mismo tiempo, dio vida a una nueva naturaleza histórica. El carbón, que antes había tenido interés exclusivamente local, como sustancia que se quemaba para obtener calor, se convirtió ahora en mercancía comercializada internacionalmente. Extraídos de tierras confiscadas y transportados en enormes cantidades a través de largas distancias, depósitos de energía formados a lo largo de cientos de millones de años se consumieron en un parpadeo para ofrecer energía a la industria mecanizada sin tener en cuenta la reposición o la contaminación. De manera igualmente importante, la energía fosilizada proporcionó a los capitalistas un medio para remodelar las relaciones de producción vigentes en provecho propio. En las décadas de 1820 y 1830, los fabricantes textiles británicos, afectados por las huelgas en las fábricas, cambiaron el grueso de sus operaciones de la energía hidráulica, que los fijaba en un lugar, al vapor móvil, lo cual supuso también el desplazamiento del campo a la ciudad. De esa forma, podían aprovechar reservas concentradas de trabajo proletarizado, trabajadores con menos acceso a los medios de subsistencia y más tolerancia para la disciplina fabril, que sus homólogos rurales¹⁴. El coste del carbón (que, a diferencia del agua, debía comprarse) se compensaba, claramente, con los beneficios aportados por la explotación intensificada.

Si el vapor producido por el carbón proporcionó energía a la revolución industrial de la producción, también revolucionó el transporte. Ferrocarriles y barcos de vapor comprimieron el espacio y aceleraron el tiempo, agilizando el movimiento de las materias primas y los productos manufacturados a lo largo de grandes distancias y de ese modo acelerando la rotación del capital e inflando los beneficios. Las consecuencias para la agricultura fueron también profundas. La masificación de proletarios hambrientos en las ciudades permitió ganar dinero mediante una agricultura insostenible realizada en las zonas rurales y guiada por la obtención de beneficios. Pero esa solución exacerbó enormemente el abismo metabólico existente entre campo y ciudad. Los nutrientes explotados del suelo rural no eran devueltos al punto de extracción, sino que se vertían en los cursos de agua urbanos en forma de residuos orgánicos. Así, el régimen liberal-colonial agotó los terrenos agrícolas y contaminó las ciudades de un solo golpe¹⁵.

¹⁴ Andreas Malm, «The Origins of Fossil Capital: From Water to Steam in the British Cotton Industry», *Historical Materialism*, vol. 21, núm. 1, 2013, pp. 15-68.

¹⁵ La expresión «abismo metabólico» proviene de Marx, pasando por Bellamy Foster, al igual que esta explicación de la ruptura del ciclo suelo-nutrientes. Véase B.

Esta disrupción masiva del ciclo suelo-nutrientes ejemplificó la contradicción ecológica del capitalismo en su fase liberal-colonial. Igualmente emblemática fue la respuesta, ya que las soluciones que se propusieron para resolver la crisis de destrucción del suelo en Europa solo sirvieron para desplazarla o exacerbarla. Una empresa inverosímil pero rentable se centró en el guano. De nuevo una naturaleza histórica se convirtió en mercancía mundial: era una sustancia obtenida en escarpados riscos rocosos situados frente a las costas del Perú por trabajadores chinos semiesclavizados, embarcada y vendida en Europa como fertilizante, todo para beneficio principalmente de los inversores ingleses. Uno de los resultados fue una serie de guerras antiimperiales e interimperiales para controlar su comercio¹⁶. Otro, dado que los depósitos acumulados durante siglos empezaron a menguar en unas cuantas décadas, fue la invención y la expansión de los fertilizantes químicos, cuyos efectos posteriores incluyen la acidificación del suelo, la contaminación de los acuíferos subterráneos, la creación de zonas muertas en los océanos y el aumento de los niveles de óxido de nitrógeno en la atmósfera, todos ellos procesos profundamente hostiles para los humanos y otros animales.

Aquí radica también otra paradoja. La producción alimentada con combustibles fósiles en el núcleo capitalista se expandió exhaustivamente durante la era liberal-colonial, pero como demostró la apuesta del guano, la aparente independización de la tierra y del músculo animal eran una ilusión. La industrialización exosomática en Europa, Norteamérica y Japón descansaba sobre la morada oculta del extractivismo de base somática en la periferia. Lo que hacía bullir las fábricas de Manchester era la importación masiva de «naturalezas baratas»¹⁷ arrancadas de las tierras colonizadas por masas de trabajadores no libres y dependientes: algodón barato para alimentar las fábricas textiles; azúcar, tabaco, café y té baratos para estimular las «manos»; mierda de pájaro barata para alimentar el suelo que alimentaba a los obreros. Así, el aparente ahorro de trabajo y tierra era de hecho una forma de «desplazamiento de la carga medioambiental», un traslado de las demandas impuestas a la biomasa desde el núcleo a la periferia

Foster, «Marx's Theory of Metabolic Rift: Classical Foundations for Environmental Sociology», *American Journal of Sociology*, vol. 105, núm. 2, 1999, pp. 366-405.

¹⁶ John Bellamy Foster, Brett Clark y Richard York, *The Ecological Rift: Capitalism's War on the Earth*, Nueva York, 2011.

¹⁷ Esta expresión procede de Jason Moore, «The Rise of Cheap Nature», en J. Moore (ed.), *Anthropocene or Capitalocene? Nature, History and the Crisis of Capitalism*, Oakland (CA), 2016, pp. 78-115.

del sistema-mundo capitalista¹⁸. Las potencias coloniales aceleraron el proceso mediante esfuerzos calculados para eliminar las manufacturas en sus colonias. Al destruir deliberadamente la producción textil en Egipto e India, el Reino Unido redujo esos países a proveedores de algodón para sus fábricas y a mercados cautivos para sus productos¹⁹.

Solo ahora están los teóricos y los historiadores del imperialismo ecológico calculando la medida real de este traslado de costes²⁰, revelando también la estrecha conexión existente entre el anticolonialismo y el protoecologismo. Las movilizaciones rurales contra la depredación liberal-colonial eran también una muestra del «ecologismos de los pobres», luchas por la justicia medioambiental *avant la lettre*²¹. Eran luchas, también, acerca del significado y del valor de la naturaleza, puesto que los imperialistas europeos, alzados sobre concepciones científicas distanciadas, pretendían subyugar comunidades que no distinguían drásticamente entre naturaleza y cultura.

En el núcleo capitalista, donde la gente *sí* hacía esa distinción, el (proto) ecologismo tenía una apariencia muy distinta. La versión más celebrada conjuraba una «Naturaleza» vista, al igual que la fantaseada por el capital, como Otro de la Humanidad, pero representada como algo sublime a lo que no puede ponerse precio, de ahí que exigiera reverencia y protección. Esta Naturaleza, reverso de la Naturaleza II, era igualmente ideológica, pero lejos de permitir el extractivismo, alimentaba críticas conservadoras de tinte romántico contra la sociedad industrial. Originalmente bucólico y de mirada retrógrada, lo sublime natural permeó el autorreferencial «ecologismo de los ricos»²², centrado en la conservación de la naturaleza

¹⁸ Alf Hornborg, «Footprints in the Cotton Fields: The Industrial Revolution as Time-Space Appropriation and Environmental Load Displacement», *Ecological Economics*, vol. 59, núm. 1, 2006, pp. 74-81.

¹⁹ Aaron Jakes, *Egypt's Occupation: Colonial Economism and the Crises of Capitalism*, Stanford (CA), 2020.

²⁰ Por ejemplo, Mike Davis, «The Origins of the Third World», *Antipode*, vol. 32, núm. 1, 2000, pp. 48-89; Alf Hornborg, «The Thermodynamics of Imperialism: Toward an Ecological Theory of Unequal Exchange», en A. Hornborg, *The Power of the Machine: Global Inequalities of Economy, Technology, and Environment*, Lanham (MD), 2001, pp. 35-48; Joan Martínez-Alier, «The Ecological Debt», *Kurswechsel* 4, 2002, pp. 5-16; John Bellamy Foster, Brett Clark y Richard York, «Imperialism and Ecological Metabolism», en B. Foster et al., *The Ecological Rift*, cit., pp. 345-374.

²¹ Joan Martínez Alier, *The Environmentalism of the Poor: A Study of Ecological Conflicts and Valuation*, Northampton (MA), 2003; ed. cast.: Joan Martínez Alier, *El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*, Barcelona, 2004.

²² Por invertir la expresión de Joan Martínez Alier.

salvaje. Este sublime natural, que a menudo se ha tenido por la totalidad del (proto)ecologismo en esta época, coexistía en realidad con otra perspectiva, que relacionaba el asalto del capital a la naturaleza con la injusticia de clase. Defensores clave de esta perspectiva fueron William Morris, cuyo ecosocialismo incluía una poderosa dimensión estética, y Friedrich Engels, cuyo ecologismo social se centró inicialmente en el impacto deletéreo del industrialismo en la salud de la clase obrera urbana y más tarde en «la dialéctica de la naturaleza», o lo que ahora denominaríamos coevolucionismo y emergentismo biológico. Ambos pensadores sembraron ricas tradiciones de ecología socialista, oscurecidas posteriormente por las rígidas interpretaciones del ecologismo como cuestión aislada, pero que ahora se están recuperando y extendiendo²³.

La era del coche

El principal legado del capitalismo liberal-colonial no fue sin embargo el ecologismo, sino el paso fatídico, que cambió el mundo, a la energía exosomática, que «liberó» los depósitos fosilizados de carbono que habían permanecido secuestrados a salvo bajo la corteza de la Tierra durante muchos milenios. Ese legado, que nos ha traído al calentamiento global, fue asumido y ampliado en la siguiente era, la del capitalismo de Estado, mientras una nueva potencia hegemónica mundial orquestaba una enorme expansión de la emisión de gases con efecto invernadero. Estados Unidos, el sustituto del Reino Unido, construyó un novedoso complejo exosomático-industrial en torno al motor de combustión interna y al petróleo refinado. El resultado ha sido la era del automóvil: icono de la libertad consumista, catalizador de la construcción de carreteras, posibilitador de la suburbanización, emisor de dióxido de carbono y remodelador de la geopolítica. Así, la «democracia del carbono» propiciada por el carbón quemado cedió el paso a la variante alimentada por el petróleo cortesía de Estados Unidos²⁴.

²³ Una reconstrucción magistral del ecologismo socialista de los siglos XIX y XX en Inglaterra es la de John Bellamy Foster, *The Return of Nature: Socialism and Ecology*, Nueva York, 2020. Entre las múltiples prolongaciones recientes de esta tradición, véanse Murray Bookchin, *Social Ecology and Communalism*, Chico (CA), 2005 y Michael Löwy, *Ecosocialism: A Radical Alternative to Capitalist Catastrophe*, Londres, 2015; ed. cast.: *Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista*, Buenos Aires, 2011.

²⁴ Timothy Mitchell, «Carbon Democracy», *Economy and Society*, vol. 38, núm. 3, 2009, pp. 399-432.

El petróleo refinado también proporcionó energía a la democracia social. Los beneficios obtenidos del sector del automóvil y subsectores conexos proporcionaron un considerable porcentaje de los ingresos tributarios que financiaron las ayudas sociales de posguerra en los países ricos. La paradoja pasó en gran parte desapercibida: lo que aseguró un creciente gasto público en bienestar social en el Norte Global fue la intensificación del saqueo de la naturaleza por empresas privadas en el Sur Global. Estaba claro que el capital solo pagaría la cuenta por algunos costes de reproducción social allí, si se le permitía eludir una cuenta mucho mayor por los costes de reproducción natural aquí²⁵. El eje de la solución dada fue el petróleo sin el cual toda la operación se habría paralizado. Para garantizar su suministro y su control, Estados Unidos patrocinó una tanda de golpes de Estado en el Golfo Pérsico y en América Latina, asegurando los beneficios y la posición de las grandes petroleras y de las grandes empresas hortofrutícolas. Estas últimas, como las grandes empresas alimentarias en general, aprovecharon la evolución de la tecnología del transporte refrigerado, destructor del ozono y devorador de gasolina, para regionalizar un sistema alimentario industrializado e insostenible y al mismo tiempo para contaminar aún más la atmósfera²⁶. Dicho esto, la democracia social alimentada por el petróleo en el interior descansaba sobre una oligarquía impuesta militarmente en el exterior²⁷.

Estados Unidos engendró también, al mismo tiempo, un potente movimiento ecologista. Una de sus corrientes, descendiente del romanticismo en torno a la naturaleza del régimen anterior y originada en el siglo XIX, se centró en proteger la vida salvaje mediante la creación de reservas y parques nacionales, a menudo desplazando a los indígenas²⁸. «Progresista», en lugar de retrógrado, este ecologismo de los ricos era compensatorio: su objetivo era permitir a (algunos) estadounidenses huir temporalmente de la civilización industrial; ni se enfrentaba a esta ni pretendía transformarla. A medida que se desarrollaba, sin embargo, el capitalismo de Estado incubó otro ecologismo, cuyo objetivo era el núcleo industrial del régimen. Galvanizado por un libro de Rachel Carson, *Primavera silenciosa* (1962), esta corriente exigía la acción estatal para reducir la contaminación causada por las grandes empresas. El

²⁵ Alyssa Battistoni, *Free Gifts: Nature, Households and the Politics of Capitalism*, tesis doctoral, Yale University, 2019.

²⁶ Susanne Freidberg, *Fresh: A perishable History*, Cambridge (MA), 2010.

²⁷ T. Mitchell, «Carbon Democracy», cit.

²⁸ Karl Jacoby, *Crimes Against Nature: Squatters, Poachers, Thieves and the Hidden History of Conservation*, Oakland (CA), 2014.

resultado fue la Environmental Protection Agency (EPA), una agencia similar a los organismos creados por el *New Deal* para garantizar la reproducción social. Fundada en 1970, al final de la fase capitalista dirigida por el Estado, la EPA fue el último gran esfuerzo del régimen por evitar la crisis sistémica «internalizando las externalidades» como objetos de regulación estatal. La joya de su corona fue su Superfondo, cuya tarea consistía en limpiar con dinero del capital los espacios afectados por vertidos tóxicos en territorio estadounidense. Financiado principalmente con impuestos pagados por las industrias petrolíferas y químicas, el Superfondo hizo realidad el principio de que «quien contamina paga» mediante la voluntad coercitiva del Estado capitalista, a diferencia de los planes de compensación de carbono, que sustituyen la vara por la zana-horia y funcionan a través de los mercados.

Aun siendo progresista a este respecto, la regulación de la naturaleza por parte del Estado capitalista se construyó –como la de la reproducción social– a partir de un traslado oculto de costes. En el centro de la economía-mundo capitalista, el régimen descargó desproporcionadamente las «ecoexternalidades» sobre las comunidades pobres, en especial sobre las comunidades de color, mientras redoblabla el extractivismo y el desplazamiento de la carga medioambiental en la periferia. Asimismo, el ala industrial del ecologismo estadounidense enmarcó erróneamente su cuestión central de la contaminación causada por las grandes empresas. Al plantear el Estado nacional concebido territorialmente como unidad pertinente para la política ecológica no lidió con el carácter transfronterizo de las emisiones industriales²⁹. Esa «omisión» resultaría especialmente fatídica con respecto a los gases de efecto invernadero, cuyas repercusiones son por definición planetarias. Aunque por entonces el proceso no se entendía plenamente, la detonación de esa bomba de relojería se apresuró enormemente, mientras el régimen producía de modo incansable CO₂ durante toda su vida útil.

Los males globalizados

Todos estos «males» se hallan todavía hoy presentes, agrandados, en la era del capitalismo financiarizado, si bien operan de acuerdo con un criterio alterado. El desplazamiento de los procesos de fabricación al Sur

²⁹ Respecto al «marco erróneo», véase Nancy Fraser, «Reinventar la justicia en un mundo globalizado», *NLR* 36, enero-febrero de 2006, pp. 31-50.

global ha alterado la anterior geografía energética. Formaciones somáticas y exosomáticas conviven ahora hombro con hombro en el conjunto de Asia, América Latina y algunas regiones de África. El Norte global, mientras tanto, se especializa cada vez más en la tríada «posmaterial» de la tecnología de la información, los servicios y las finanzas mejor conocidos por sus personificaciones arquetípicas: Google, Amazon y Goldman Sachs. Pero de nuevo la apariencia de la liberación de la naturaleza es, una vez más, engañosa. El «posmaterialismo» septentrional descansa en el materialismo meridional –minería, agricultura, manufacturas– así como en la fracturación hidráulica (*fracking*) y la perforación marítima en su propio patio trasero. Igualmente importante es que el consumo en el Norte global es cada vez más intensivo en carbono: véase el fuerte aumento de los viajes aéreos, el consumo de carne, la construcción con cemento y la producción de materiales en general.

El capital continúa, mientras tanto, generando nuevas naturalezas históricas a un ritmo rápido. Entre ellas se encuentran los nuevos minerales indispensables, como el litio y el coltán; este último, ingrediente esencial de los teléfonos móviles, *casus belli* en África central y mercancía superrentable extraída en algunos casos por niños congoleños esclavizados. Otras naturalezas neoliberales son objetos familiares recientemente cercados, como el agua, a cuya privatización se resisten poblaciones decididas a proteger no solo sus «intereses materiales», sino también «la fuente de la vida» y perspectivas subalternas relacionadas con el nexo entre naturaleza y comunidad³⁰.

Aunque los cercamientos han formado parte de todas las fases del capitalismo, bajo el régimen actual adoptan formas nuevas, algunas ingeniosas e insidiosas, a medida que la biotecnología de última generación se une a la ley de propiedad intelectual más avanzada para diseñar nuevos tipos de renta monopolista. En algunos casos, las grandes farmacéuticas reivindican la propiedad de fármacos basados en plantas medicinales indígenas, como las derivadas de la lila india, cuyo genoma han descifrado últimamente, a pesar de que las propiedades curativas en cuestión se conocen y se usan en todo el sur de Asia desde hace siglos; las agroempresas intentan patentar, de modo similar, cepas de cultivos, como el arroz Basmati, aduciendo supuestas «mejoras» genéticas con la intención de desposeer a las comunidades agrícolas que las desarrollaron. En otros casos, por el contrario, los expropiadores diseñan genéticamente nuevas naturalezas

³⁰ Adrian Parr, *The Wrath of Capital: Neoliberalism and Climate Change Politics*, Nueva York, 2013.

históricas que no ocurren «en la naturaleza». Un ejemplo notorio son las semillas Terminator de Monsanto, deliberadamente diseñadas para ser estériles, de forma que los agricultores deban comprarlas todos los años. Aquí, una multinacional elimina intencionadamente el proceso natural de renovación de la vida por el cual se reproducen las semillas con el fin de hipertrofiar el proceso artificial y destructor de vida por el cual se reproduce el capital³¹. Dándole de hecho la vuelta a su propia concepción de la Naturaleza II, el capital niega ahora a otros el uso de ese «don gratuito» del que siempre ha dependido: la capacidad de la naturaleza para reponerse. El resultado es una maraña de superbeneficios y múltiples miserias en la que lo medioambiental se entremezcla con lo social. El endeudamiento cada vez mayor de los campesinos provoca oleadas de suicidios, empobreciendo aún más regiones que ya de por sí soportan una parte creciente de la carga medioambiental del planeta: contaminación extrema en las ciudades, hipereextractivismo en las zonas rurales y vulnerabilidad desproporcionada a los impactos cada vez más letales del calentamiento global.

Estas asimetrías se suman a los nuevos modos de regulación financiados basados en nuevas concepciones neoliberales de la Naturaleza II. Con la deslegitimación del poder público llega la vieja-nueva idea de que el mercado puede servir de principal mecanismo de gobernanza efectiva, ahora con la tarea de salvar el planeta reduciendo las emisiones de gases de efecto invernadero. Pero los planes de compensación de carbono no hacen sino alejar el capital del tipo de inversión masiva y coordinada que hace falta para desfosilizar la economía mundial y transformar su base energética. El dinero fluye, por el contrario, hacia el comercio especulativo de permisos de emisiones, los servicios ecosistémicos, las compensaciones de carbono y los derivados medioambientales. Lo que permite dicha «regulación», y está a su vez promovido por ella, es un nuevo imaginario capitalista verde, que somete toda la naturaleza a una lógica economicista abstracta, aun cuando no la mercantilice directamente. La idea de que una fábrica devoradora de carbón aquí pueda «compensarse» mediante una plantación de árboles allí presupone una naturaleza compuesta por unidades fungibles y conmensurables, cuyos rasgos cualitativos, especificidades de ubicación y significados experienciales pueden ignorarse³².

³¹ La mejor explicación de la desposesión a través de este matrimonio entre la biotecnología y la propiedad intelectual sigue siendo la de Vandana Shiva, «Life Inc.: Biology and the Expansion of Capitalist Markets», *Sostenible?*, vol. 2, 2000, pp. 79-92.

³² Larry Lohmann, «Financialization, Commodification and Carbon: the Contradictions of Neoliberal Climate Policy», *Socialist Register*, vol. 48, 2012, pp. 85-107.

Lo mismo puede decirse de los hipotéticos escenarios de subasta, tan queridos por los economistas medioambientales, que proponen asignar valor a un «activo natural» de acuerdo con cuánto pagarían diversos actores por realizar sus «preferencias» rivales respecto a él: ¿están las comunidades indígenas suficientemente «provistas de medios» para conservar sus bancos de pesca locales como para superar la oferta de las flotas corporativas que amenazan con agotarlas? De lo contrario, el uso racional del «activo» es permitir la explotación comercial³³. Estos escenarios capitalistas verdes representan una forma nueva y compleja de internalizar la naturaleza, que eleva la abstracción epistémica un grado más, hasta el metanivel. Pero algunas cosas nunca cambian. Como sus variantes predecesoras de la Naturaleza II, también la naturaleza financiarizada es un vehículo de la expropiación.

En estas condiciones, la gramática de la ecopolítica está cambiando. Al igual que el calentamiento global ha desplazado a la contaminación química como cuestión central, también los mercados de permisos de emisiones han suplantado al poder coercitivo del Estado como mecanismo regulador al que acudir, mientras el ámbito internacional ha sustituido al ámbito nacional como espacio de ecogobernanza preferido. El activismo medioambiental se ha alterado en consecuencia. La actual protección de la vida salvaje se ha debilitado y dividido con una rama gravitando hacia el centro de poder capitalista verde y la otra hacia movimientos cada vez más asertivos en pro de la justicia medioambiental. Esta última rúbrica abarca ahora una amplia gama de actores subalternos, desde los ecologismos de los pobres del Sur global que se resisten a los cercamientos y las tomas de tierras, hasta los movimientos antirracistas del Norte global, que atacan las disparidades en la exposición a las toxinas; de los movimientos indígenas que luchan contra los oleoductos a las ecofeministas que batallan contra la deforestación. Muchos de estos movimientos se superponen y establecen lazos entre sí, formando redes transnacionales.

Al mismo tiempo, los proyectos centrados en el Estado, últimamente marginados, están reemergiendo con nuevo vigor. En un momento en el que las revueltas populistas, tanto de izquierda como de derecha, han destrozado la creencia en las propiedades mágicas de los «mercados libres», algunos están retomando la opinión de que el poder del Estado nacional

³³ Martin O'Connor, «On the Misadventures of Capitalist Nature», en Martin O'Connor (ed.), *Is Capitalism sustainable? Political Economy and the Politics of Ecology*, Nueva York, 1994, pp. 125-151; J. Martínez Alier, *El ecologismo de los pobres*, cit.

puede servir como vehículo principal de la reforma ecosocial: véanse las aproximaciones nacionalistas como la «Nueva Ecología» de Marine Le Pen, por una parte, y los defensores del *Green New Deal*, por otra. Y así, también, los sindicatos de trabajadores, durante mucho tiempo dedicados a defender la salud ocupacional y la seguridad de sus afiliados, pero preocupados por los frenos al «desarrollo», confían ahora en que los proyectos de infraestructuras verdes creen puestos de trabajo. Por último, en el otro extremo del espectro, las corrientes de decrecimiento encuentran nuevos defensores entre los jóvenes atraídos por su audaz crítica a una civilización con una espiral creciente de producción material y estilos de vida consumistas y por la promesa del *buen vivir* a través del veganismo, la generación de nuevos bienes comunes y las correspondientes prácticas que los garantizan o la economía social y solidaria.

3. POR UNA NUEVA ECOPOLÍTICA

Hasta este momento he ofrecido argumentos estructurales y reflexiones históricas que respaldan dos proposiciones: la primera, que el capitalismo alberga una contradicción ecológica profundamente asentada que lo inclina de modo no accidental a crisis medioambientales; y la segunda, que esas dinámicas están inextricablemente entrelazadas con otras tendencias a la crisis «no medioambientales», las cuales no pueden resolverse de manera aislada de esta últimas. Las deducciones políticas son conceptualmente simples, pero complejas en la práctica: una ecopolítica capaz de salvar el planeta debe ser *anticapitalista* y *transmedioambiental*.

Las reflexiones históricas ofrecidas en este artículo profundizan esas proposiciones. Lo que inicialmente presenté como una lógica abstracta de dependencia, división, negación de responsabilidad y desestabilización, en la que el capital está programado para desestabilizar las condiciones naturales de las que depende, aparece ahora como un proceso concreto, desplegado en el espacio y en el tiempo. Su trayectoria parece aproximadamente la siguiente: un callejón sin salida socioecológico originado en el centro de la economía-mundo capitalista provoca otra ronda de saqueo en la periferia (incluida la periferia del centro), que tiene como objetivo la riqueza natural de poblaciones que carecen de medios políticos para organizar su defensa propia. En cada caso, también, el «arreglo» implica la conjura y la apropiación de una naturaleza histórica nueva, previamente escoria, pero convertida de repente en oro, una mercancía

mundial indispensable, convenientemente vista como carente de propietario y lista para quien quiera tomarla. Lo que acontece en cada caso, por último, son los correspondientes efectos descontrolados consecutivos, que activan nuevos callejones sin salida socioecológicos, lo cual suscita nuevas iteraciones del ciclo. Reiterado en cada régimen, este proceso se redespliega de manera expansiva, a escala mundial. Materializado en los ciclos del azúcar y la plata, el carbón y el guano, el petróleo refinado y los fertilizantes químicos, el coltán y las semillas genéticamente modificadas, avanza en fases que van de la conquista a la colonización, el neoimperialismo y la financiarización. El resultado es una geografía centro-periferia en evolución constante en la que el límite existente entre esos dos espacios coconstituidos cambia periódicamente, al igual que el límite entre economía y naturaleza. El proceso que produce esos cambios genera la espacialidad específica del desarrollo capitalista.

Ese proceso modela también la temporalidad histórica del capitalismo. Cada callejón sin salida nace de la colisión de nuestras tres Naturalezas, que operan en diferentes escalas temporales. En cada episodio, el capital, cautivo de su fantasía de una Naturaleza II eternamente generosa, capaz de reponerse sin fin, rediseña la Naturaleza III para adaptarla a sus propias especificaciones, que dictan gastos mínimos en la ecorreproducción y máxima aceleración del tiempo de rotación; la Naturaleza I, mientras tanto, moviéndose en una escala temporal «propia», registra los efectos biofísicamente y «pasa factura». Con el tiempo, los daños ecológicos consiguientes convergen con otros daños «no medioambientales» arraigados en otras contradicciones «no medioambientales» de la sociedad capitalista. En ese momento, el régimen en cuestión entra en su crisis de desarrollo, movilizando esfuerzos para modelar un sucesor. Una vez establecido, este sucesor reorganiza el nexo entre naturaleza y economía de modo tal que disuelve el bloqueo específico, pero preserva la ley del valor, lo cual exige la expansión máxima del capital a una velocidad máxima. Lejos de superarse, por lo tanto, la contradicción ecológica del capitalismo es repetidamente desplazada tanto en el tiempo como en el espacio. Los costes no solo se descargan sobre aquellas poblaciones que «no cuentan», sino también sobre las generaciones futuras. Las vidas de estas últimas se descuentan igualmente para que el capital pueda vivir libre de responsabilidades e ilimitadamente.

Esa última formulación sugiere que la temporalidad de la contradicción ecológica del capitalismo tal vez no sea una cuestión «meramente»

de desarrollo. Bajo la tendencia del sistema a precipitar una sarta infinita de crisis específicas de cada régimen radica algo más profundo y amenazador: la perspectiva de una *crisis de época*, arraigada en siglos de crecientes emisiones de gases de efecto invernadero, cuyo volumen ahora supera las capacidades de la Tierra para secuestrarlos. La progresión transrégimen del calentamiento global presagia una crisis de otro orden. Acumulándose implacablemente a través de toda la secuencia de regímenes y naturalezas históricas, el cambio climático proporciona la continuidad perversa de una bomba de relojería activada, que podría llevar la fase capitalista de la historia humana –o incluso la historia humana *tout court*– a un fin innoble.

Un proyecto transmedioambiental

Hablar de una crisis de época *no* es, sin embargo, proclamar un colapso inminente. Y tampoco ello descarta la llegada de un nuevo régimen de acumulación que logre gestionar provisionalmente o diferir temporalmente la crisis actual. La verdad es que no sabemos con seguridad si el capitalismo guarda en su manga enormemente inventiva trucos nuevos capaces de evitar el calentamiento global, al menos por una temporada ni, en tal caso, durante cuánto tiempo lo lograría. Y no sabemos si los partidarios del sistema podrían inventar, vender y aplicar esos trucos con suficiente rapidez, dado que se encuentran, nos encontramos, en una carrera contra el tiempo con la Naturaleza 1. Pero sí hay una cosa clara: cualquier cosa superior a un parche temporal exigiría un reordenamiento profundo del nexo existente entre economía y naturaleza, que constriñese rotundamente, o aboliese por completo, las prerrogativas del capital.

Esa conclusión confirma mi tesis principal: una ecopolítica dirigida a prevenir la catástrofe debe ser anticapitalista y transmedioambiental. Si la razón para el primero de estos adjetivos está ya clara, la justificación del segundo radica en la conexión estrecha entre la depredación ecológica y otras formas de disfunción que asumen al mismo tiempo formas de dominación inherentes a la sociedad capitalista. Considérense, en primer lugar, los lazos internos existentes entre el expolio natural y la expropiación racial/imperial. Las reivindicaciones de *terra nullius*, esto es, las porciones de naturaleza de las que el capital se apropia son, por el contrario, prácticamente siempre las condiciones de vida de algún grupo humano, de su hábitat y de su lugar de interacción social cargado de significado; de sus medios de vida y de la base material de su reproducción

social. Los grupos humanos en cuestión son, además, prácticamente siempre aquellos que han sido despojados de la capacidad de defenderse y a menudo aquellos relegados al lugar erróneo de la línea de color mundial. Este hecho se ha evidenciado una y otra vez en la secuencia de los distintos regímenes vigentes. Muestra que las cuestiones ecológicas no pueden separarse de las cuestiones de poder político, por una parte, ni de las de opresión racial, dominio imperial y desposesión y genocidio de los indígenas, por otra.

Una proposición similar hace referencia a la reproducción social, que está estrechamente imbricada con la reproducción natural. Para la mayoría de las personas, la mayor parte de las veces, los daños ecosistémicos añaden fuertes tensiones a las actividades de cuidados, a la provisión social y la atención prestada a cuerpos y mentes y, en ocasiones, tensan los lazos sociales hasta el punto de ruptura. En la mayoría de los casos, también, las tensiones afectan más a las mujeres, que soportan la responsabilidad principal del bienestar de familias y comunidades. Pero hay excepciones que confirman la regla. Estas surgen cuando las asimetrías de poder permiten a algunos grupos traspasar la carga de las «externalidades» a otros, como en la época del capitalismo de Estado, cuando los Estados del bienestar ricos del Norte global financiaron ayudas sociales (más o menos) generosas en sus perímetros nacionales mediante una intensificación del extractivismo en el extranjero. En ese caso, una dinámica política que relacionaba la democracia social interna con la dominación exterior posibilitó la compensación racializada y sexista de la reproducción social con la ecodpredación, un acuerdo que los partidarios del capital rescindieron posteriormente al diseñar el nuevo régimen financiarizado que les permitía ganar en ambas partes.

No es de extrañar, por lo tanto, que las luchas por la naturaleza se hayan entrelazado profundamente con las luchas por el trabajo, los cuidados y el poder político en todas las fases de desarrollo capitalista. Y tampoco que el ecologismo considerado como una cuestión independiente sea históricamente excepcional y políticamente problemático. Recuérdense las formas y definiciones cambiantes de la lucha medioambiental en la secuencia de regímenes socioecológicos. En la era mercantil, la minería extractivista envenenó las tierras y los ríos peruanos, mientras que los cercamientos de tierras destruyeron los bosques ingleses, provocando una considerable reacción en ambos casos. Pero los participantes en estas luchas no distinguieron entre la protección de la naturaleza o el

hábitat y la defensa de sus medios de vida, su autonomía política o la reproducción social de sus comunidades. Lucharon, por el contrario, por todos esos elementos juntos y por las formas de vida en las que estos se integraban. Cuando sí apareció la «defensa de la naturaleza» como causa independiente, en la era liberal-colonial, fue entre aquellos cuyos medios de vida, comunidades y derechos políticos *no* estaban amenazados existencialmente. Despreocupados de otros temas, su ecologismo entendido como cuestión exclusiva era, necesariamente, un ecologismo de los ricos³⁴.

Como tal, contrastaba drásticamente con los ecologismos sociales contemporáneos presentes en el centro de la economía-mundo capitalista y con los ecologismos anticoloniales activos en la periferia, que mezclaban en sus objetivos los daños causados a la naturaleza con los provocados a los seres humanos, anticipando las luchas actuales por el ecosocialismo y la justicia medioambiental. Pero esos movimientos fueron expurgados de la historia oficial del ecologismo, que canonizó la definición autorreferencial. Esta se amplió un poco en la siguiente era de capitalismo de Estado, cuando a los defensores de la naturaleza salvaje se unieron activistas que instaban a desplegar el poder del Estado capitalista contra las grandes empresas contaminadoras. Los éxitos ecológicos alcanzados por este régimen se debieron al uso de ese poder, mientras que sus fracasos derivaron de la negativa a abordar en serio las implicaciones transmedioambientales: el carácter inherentemente transterritorial de las emisiones; la fuerza del racismo medioambiental en el propio país; el poder del capital para subvertir la normativa medioambiental mediante grupos de presión, falsas soluciones alternativas y la captura de los procesos de regulación; así como las limitaciones intrínsecas de concentrarse en los ecoabusos y no en el funcionamiento normal y legalmente correcto de una economía consumista alimentada por los combustibles fósiles. Todas estas evasiones siguen activas y siguen causando el caos hoy en la era del capitalismo financiarizado. Especialmente problemática, entonces y ahora, es la premisa rectora de que es posible proteger adecuadamente «el medio ambiente» sin trastocar el marco institucional y la dinámica estructural de la sociedad capitalista.

³⁴ El argumento es paralelo al que las feministas negras y socialistas han planteado repetidamente acerca del feminismo como cuestión independiente, que postula el aislamiento de las cuestiones de género «genuinas» de intereses «extraños», que de ese modo acaba convertido en un feminismo «burgués» o corporativo, adaptado a la situación de las mujeres profesionales y directivas, las únicas a las que esos intereses les son ajenos.

La senda que debemos seguir

¿Se repetirán hoy estos fracasos? ¿Desaprovecharemos las oportunidades de salvar el planeta por mostrarnos incapaces de construir una ecopolítica transmedioambiental y anticapitalista? Muchos elementos esenciales para dicha política existen ya de una manera u otra. Los movimientos por la justicia medioambiental son ya en principio transmedioambientales y abordan el entrelazamiento del daño ecológico con uno o más ejes de dominación, en especial el género, la raza, la etnia y la nacionalidad; y algunos de ellos son explícitamente anticapitalistas. De igual modo, los movimientos obreros, los defensores del *Green New Deal* y algunos ecopopulistas perciben (algunos) de los requisitos de clase necesarios para luchar contra el calentamiento global, en especial la necesidad de vincular la transición a las energías renovables con políticas de rentas y políticas favorables a las clases trabajadoras y de fortalecer el poder del Estado frente a las grandes empresas. Por último, los movimientos descolonizadores e indígenas conectan el entrelazamiento de extractivismo e imperialismo. Junto con las corrientes partidarias del decrecimiento, presionan para que reconsideremos en profundidad nuestra relación con la naturaleza y las formas de vida. Cada una de estas perspectivas ecopolíticas alberga aportaciones genuinas.

El estado actual de estos movimientos no es (todavía), sin embargo, el adecuado para la tarea que tenemos entre manos, ya los observemos individualmente o en su conjunto. En la medida en la que los movimientos por la justicia medioambiental siguen centrándose abrumadoramente en el impacto dispar de las ecoamenazas sobre las poblaciones subalternas, no prestan suficiente atención a la dinámica estructural subyacente de un sistema social que no solo produce disparidades en los resultados, sino también una *crisis general* que amenaza el bienestar de todos, por no hablar del planeta. Su anticapitalismo no es aún, por lo tanto, suficientemente sustancial, su transecologismo no es todavía suficientemente profundo.

Algo similar puede decirse de los movimientos centrados en el Estado, en especial de los ecopopulistas (reaccionarios), pero también de los defensores del *Green New Deal* y de los sindicatos (progresistas). En la medida en la que priman el marco del Estado nacional territorial y la creación de empleo a través de proyectos de infraestructuras verdes, estos actores presumen una perspectiva insuficientemente amplia y variada de la «clase trabajadora», que en realidad no solo incluye a los obreros de la

construcción, sino también a los trabajadores del sector servicios; no solo a quienes trabajan por un salario, sino también a aquellos cuyo trabajo no es remunerado; no solo a aquellos que trabajan «en la madre patria», sino también a quienes trabajan en el extranjero; no solo a los explotados, sino también a los expropiados. Y las corrientes centradas en el Estado tampoco calculan adecuadamente la posición y el poder del adversario de clase en la medida en la que conservan la premisa socialdemócrata clásica de que el Estado puede servir a dos amos, que puede salvar al planeta domesticando al capital y que puede hacerlo sin necesidad de abolirlo. También ellos son, por lo tanto, insuficientemente anticapitalistas y transmedioambientales, al menos en el momento presente.

Por último, los activistas del decrecimiento tienden a embarrar las aguas políticas amalgamando lo que *debe* crecer en el capitalismo –a saber, el «valor»– con lo que *debería crecer pero no puede* dentro del capitalismo: a saber, bienes, relaciones y actividades capaces de satisfacer la enorme extensión de las necesidades humanas no cubiertas en todo el mundo. Una ecopolítica genuinamente anticapitalista debe dismantelar el imperativo programado de crecimiento del primero y, al mismo tiempo, tratar la cuestión de cómo hacer crecer de manera sostenible el segundo en tanto que cuestión política, que ha de ser decidida mediante la deliberación democrática y la planificación social. De igual modo, las orientaciones asociadas con el decrecimiento, como el ecologismo del estilo de vida, por una parte, y los experimentos de vida comunal prefigurativos, por otra, tienden a evitar la necesidad de enfrentarse al poder capitalista.

Todas juntas, sin embargo, las aportaciones genuinas de estos movimientos no equivalen todavía a un nuevo sentido común ecopolítico. Y tampoco convergen todavía en un proyecto contrahegemónico de transformación ecosocial capaz, al menos en principio, de salvar el planeta. Presentan elementos transmedioambientales –derechos de los trabajadores y trabajadoras, feminismo, antirracismo, antiimperialismo, conciencia de clase, prodemocracia, anticonsumismo, antiextractivismo– esenciales, sin duda, pero dichos elementos no están todavía integrados en un diagnóstico robusto de las raíces estructurales e históricas de la crisis actual. Lo que falta en este momento es una perspectiva clara y convincente que conecte todas nuestras aflicciones presentes, ecológicas y de otro tipo, al mismo sistema social y a través de ello nos permita pensar integralmente otro.

He insistido en que ese sistema tiene un nombre: la sociedad capitalista, concebida de manera expansiva para incluir todas las precondiciones necesarias para dotar de viabilidad a una economía capitalista –naturaleza no humana y poder público, poblaciones y reproducción social expropiables–, la totalidad de las cuales se hallan sometidas de manera no accidental a su canibalización por parte del capital y en el momento presente situadas bajo el martillo pilón de este y sometidas a los múltiples desequilibrios que el mismo provoca. Nombrar ese sistema, y concebirlo ampliamente, es aportar otra pieza del puzzle contrahegemónico que debemos resolver. Esta pieza puede ayudarnos a alinear las demás, a revelar cuáles son las tensiones probables y las sinergias potenciales de estas, a aclarar de dónde proceden y adónde podrían ir juntas. El anticapitalismo es una pieza que dota de dirección política y fuerza crítica al transecologismo. Si este último abre la ecolítica al mundo concebido en términos más amplios, el primero centra su atención en el enemigo principal.

El anticapitalismo es, por lo tanto, el elemento que traza la línea, necesaria para todo bloque histórico, entre «nosotros» y «ellos». Al desenmascarar los mercados de carbono como la estafa que son, empuja a toda corriente ecolítica potencialmente emancipadora a desafiliarse públicamente del «capitalismo verde». Empuja también a cada corriente a prestar atención a su propio talón de Aquiles, esto es, a su inclinación a evitar el enfrentamiento con el capital, ya sea manteniendo una desconexión (ilusoria) o un compromiso de clase (sesgado) o una paridad (trágica) en la vulnerabilidad extrema. Al insistir en su enemigo común, además, la pieza anticapitalista del puzzle indica una senda que los partidarios del decrecimiento, la justicia medioambiental y el *Green New Deal* pueden recorrer juntos, aunque no puedan visualizar, y mucho menos acordar, cuál sería el destino exacto de dicha senda.

Queda por ver, por supuesto, si se alcanzará algún destino o si la Tierra seguirá calentándose hasta el punto de ebullición. Pero nuestra mejor esperanza para evitar esto último es construir un bloque contrahegemónico, que sea transmedioambiental y anticapitalista. Tampoco está claro adónde nos conduciría exactamente ese bloque si llegase a prosperar, pero si yo tuviera que darle un nombre al objetivo, optaría por el de «ecosocialismo»³⁵.

³⁵ El contenido de un ecosocialismo viable para el siglo XXI todavía está por inventar. Pueden encontrarse algunas reflexiones preliminares en Nancy Fraser, «What Should Socialism Mean in the Twenty-First Century?», *Socialist Register* 56, 2020, pp. 282-294.